

Capítulo 9: ¿Obedecer el plan de Dios? El abuso espiritual de las religiosas

Rocío Figueroa y David Tombs

El término «abuso espiritual» es útil para comprender el maltrato sistémico sufrido por seis exreligiosas que pertenecían a la comunidad Siervas del Plan de Dios (SPD) en Perú, Chile, Colombia y Ecuador. Ninguna de ellas denunció abusos sexuales, por lo que, a diferencia de otros capítulos de este volumen, este se centra en los abusos espirituales. Sin embargo, cuando el abuso sexual tiene lugar dentro de una institución religiosa, es muy habitual que el abuso espiritual sea un factor propiciador. Por lo tanto, comprender mejor el abuso espiritual puede ayudar a que la Iglesia sea capaz de responder mejor al abuso sexual.

Una de las definiciones más precisas y útiles del abuso espiritual es la que ofrece la estudiosa británica Lisa Oakley:

El abuso espiritual es una forma de abuso emocional y psicológico. Se caracteriza por un patrón sistemático de comportamiento coercitivo y controlador en un contexto religioso. El abuso espiritual puede tener un impacto profundamente dañino en quienes lo experimentan. Este abuso puede incluir: manipulación y explotación, obligación de rendir cuentas, censura en la toma de decisiones, exigencia de secreto y silencio, coacción para conformarse, control mediante el uso de textos sagrados o enseñanzas, exigencia de obediencia al abusador, suposición de que el abusador tiene un estatus «divino», aislamiento como medio de castigo, y superioridad y elitismo¹.

¹ Lisa Oakley y Justin Humphreys, *Escaping the Maze of Spiritual Abuse: Creating Healthy Christian Cultures* (Londres: Society for Promoting Christian Knowledge, 2019), 31. Esta definición se basa en la definición de Oakley en Lisa Oakley, «Understanding Spiritual Abuse», *Church Times*, 16 de febrero de 2018, www.churchtimes.co.uk/articles/2018/16-february/comment/opinion/understanding-spiritual-abuse.

Oakley enmarca el abuso espiritual dentro del abuso emocional y psicológico, pero aun así reconoce características distintivas en el abuso espiritual que merecen especial atención. En este artículo, estos rasgos distintivos incluyen los símbolos, los textos, las enseñanzas, los rituales, las oraciones o los líderes significativos que operaban en el contexto institucional de las Siervas del Plan de Dios. Estos rasgos contribuyeron a distorsionar la forma de entender la obediencia, lo que a su vez propició una cultura sistémica de abuso. El abuso espiritual es un problema en sí mismo, pero analizarlo también muestra cómo y por qué el abuso espiritual puede hacer que los miembros de las instituciones religiosas sean más vulnerables al abuso sexual².

Siervas del Plan de Dios

Luis Fernando Figari fundó la comunidad de religiosas Siervas del Plan de Dios (SPD) en 1998. Figari había fundado previamente, en 1971, el *Sodalitium Christianae Vitae* (SCV) o Sodalicio en Lima (Perú). Sodalicio es una sociedad de vida apostólica dentro de la Iglesia en la que la mayoría de los miembros son laicos consagrados; también hay un pequeño número de sacerdotes. En 1991, Figari fundó también la Fraternidad Mariana de la Reconciliación (FMR), que es una rama femenina formada solo por mujeres laicas consagradas. La misión del SCV y la FMR era servir a los jóvenes, asistir a los pobres y evangelizar la cultura. La comunidad de religiosas SPD fue, por tanto, la tercera comunidad fundada por Figari. El carisma de SPD era servir a los enfermos y a los pobres, y como señal de

² Un factor de riesgo particular para el abuso es cuando las religiosas no son apreciadas o valoradas ni por su valor inherente ni por su importante contribución a la Iglesia. Véase especialmente Anne E. Patrick, «“His Dogs More than Us”: Virtue in Situations of Conflict Between Women Religious and Their Ecclesiastical Employers», en *Conscience and Calling: Ethical Reflections on Catholic Women’s Church Vocations* (Londres/Nueva York: Bloomsbury, 2013), 27–50.

identidad vestían el tradicional hábito religioso³.

En 2010, el periodista peruano Pedro Salinas, antiguo miembro de Sodalicio, acusó a Figari y a otros dirigentes de abusos físicos, psicológicos y sexuales. En 2015, tras cinco años de investigación, escribió el libro *Mitad monjes, mitad soldados*, que recogía testimonios de víctimas⁴. En respuesta, el Sodalicio nombró una comisión especial que entrevistó a más de cincuenta de sus antiguos y actuales miembros. El 16 de abril de 2016, la comisión publicó un informe de diez páginas que afirmaba: «El daño a los formandos se perpetró a partir del ejercicio de una asumida “posición de dominio”, en busca de una obediencia absoluta lograda por la práctica de la disciplina extrema». Esta forma de ejercer el poder «evidencia un propósito de anulación de la voluntad individual»⁵.

Figari fue sancionado por el Vaticano en 2017 y ahora tiene prohibido cualquier contacto con las comunidades que fundó. Sodalicio reconoció a sesenta y seis víctimas y reservó un fondo de casi 2,6 millones de dólares estadounidenses para compensaciones⁶. Ahora bien, durante la comisión especial, ninguna de las religiosas fue entrevistada sobre sus experiencias. Alejandra, que había abandonado la orden cuando la entrevistamos, dijo: «No tuvimos acceso a la comisión. Las autoridades de SPD no nos informaron sobre la comisión ni sobre si podíamos solicitar que nos entrevistaran. Nos dijeron que SPD no reproducía las vilezas ocurridas en el Sodalicio y que por eso éramos la alegría de la familia espiritual en medio de una crisis».

³ Elise Ann Allen, «Peruvian Ex-Nuns Report Abuses of Power, Conscience Inside Order», *CruX*, 27 de noviembre de 2021, cruXnow.com/church-in-the-americas/2021/11/peruvian-%20ex-nuns-report-abuses-of-power-conscience-inside-order.

⁴ Pedro Salinas, *Mitad monjes, mitad soldados: Todo lo que el Sodalicio no quieres que sepas* (Lima: Planeta, 2015).

⁵ Comisión de Ética para la Justicia y la Reconciliación, «Informe Final», 16 de abril de 2016, comisionetica.org/blog/2016/04/16/informe-final/.

⁶ Para más información, véase Rocío Figueroa Alvear y David Tombs, «Lived Religion and the Traumatic Impact of Sexual Abuse: The Sodalicio Case in Peru», en *Trauma and Lived Religion: Transcending the Ordinary*, ed. R. Ruud Ganzevoort y Srdjan Sreman (Cham, Suiza: Palgrave, 2019), 157–159.

Entre 2016 y 2021, casi una treintena de exreligiosas de SPD presentaron denuncias ante las autoridades eclesiales de Perú, Chile y el Vaticano⁷. En 2018, Juan Luis Cipriani, entonces cardenal arzobispo de Lima, abrió una visita canónica a SPD. No obstante, en marzo de 2019, Cipriani se retiró con la visita aún en proceso. El nuevo obispo auxiliar de Lima, José Salaverry, fue el encargado de llevar la visita hasta su conclusión. Sin embargo, las religiosas que se reunieron con los delegados fueron asesoradas sobre cómo debían responder y, tras la reunión, los dirigentes de la comunidad hablaron con ellas. En junio de 2021, se enviaron nuevas denuncias a la Oficina Pastoral de Denuncias (OPADE) de la Arquidiócesis de Santiago y, en diciembre de 2021, el nuevo arzobispo de Lima, Carlos Castillo, ordenó una segunda investigación canónica de la orden⁸.

Voces de la comunidad

En vista de estos problemas, quisimos escuchar directamente a las mujeres que habían formado parte de la comunidad de SPD. El objetivo principal de este estudio era dar voz a las mujeres y a sus experiencias en la comunidad, que a menudo fueron dolorosas y difíciles. Seis exreligiosas participaron en este estudio. Pertenecieron a la comunidad entre seis y diecisiete años y ahora tienen edades comprendidas entre los veintinueve y los cuarenta años. Tras recibir la aprobación del Comité de Ética Humana de la Universidad de Otago, elaboramos y realizamos entrevistas personales bien estructuradas con cada una de ellas⁹. Las entrevistas se realizaron en

⁷ Elise Ann Allen, «Church Authorities Order Second Inquiry into Troubled Peruvian Order», *Cruix*, 21 de enero de 2022, cruixnow.com/church-in-the-americas/2022/01/church-authorities-order-second-inquiry-into-troubled-peruvian-order.

⁸ Allen, «Church Authorities Order Second Inquiry».

⁹ Comité de Ética Humana de la Universidad de Otago, Ref. 21–125, Aprobación ética, 29 de octubre de 2021. Agradecemos especialmente a las entrevistadas su disposición a participar. También estamos agradecidos a la consultora de nuestro proyecto, la Dra. Tess Patterson, del Departamento de Medicina Psicológica de la Universidad de Otago, y al Comité de Ética Humana de la Universidad por su apoyo a esta investigación.

español y cada una de ellas duró aproximadamente una hora. Las entrevistas se grabaron en un sistema de audio digital y toda la información se transcribió en español y luego se tradujo al inglés y se analizó. Ellas describen los malos tratos que recibieron desde su noviciado hasta sus votos temporales.

Figuroa, investigadora principal del estudio, fue en el pasado miembro de FMR, una de las ramas femeninas del Sodalicio. Figuroa fue superiora general de FMR durante nueve años (1991-1998). Desde 2006, las víctimas del Sodalicio y sus ramas se han puesto en contacto con ella en busca de apoyo tras los abusos sexuales y espirituales perpetrados en las comunidades. Durante este tiempo, Figuroa entabló una relación de confianza con muchas de las víctimas. La transcripción de las entrevistas se ha anonimizado para mantener la confidencialidad de las participantes. Sus seudónimos son Jessica, Maricarmen, Gabriela, Rosanna, Alejandra y Rosa.

Las participantes se unieron a la comunidad, ante todo, por un fuerte compromiso con la misión de servicio y ayuda de la comunidad. Rosa y Alejandra se sintieron atraídas por la oportunidad de trabajar para los pobres y dar apoyo a los necesitados. Gabriela dijo: «La misión de las siervas respondió al deseo que tenía desde niña de ayudar a los demás». Maricarmen habló de su motivación como un anhelo profundo: «Cuando era niña, si alguien me preguntaba qué quería hacer, yo respondía que quería ser enfermera o doctora y ayudar a los niños que vivían debajo del puente». Una segunda motivación era el atractivo de la vida en comunidad. Gabriela relató: «Algo que me atraía era su alegría. Sonreían todo el tiempo. Eran muy cercanas y yo quería ser así». Jessica sintió que la comunidad podía convertirse en la familia que le faltaba en el momento en que conoció a las religiosas: «Estaba en una situación muy vulnerable. Las religiosas fueron el apoyo que necesitaba. [...] Encontré la protección que no tenía en mi familia». Una tercera motivación fue el carisma de la líder. Como dijo Rosanna: «Era espontánea y alegre, y aparentemente muy simpática». Teniendo en cuenta estas aspiraciones y su afinidad con la misión y el carácter declarados de la comunidad, analizamos a continuación

algunas de las dinámicas institucionales que sirvieron para frustrar o defraudar estas esperanzas y que, en algunos casos, se convirtieron en abusos espirituales.

El plan de Dios

Rosa explicó que el ideal de SPD era llegar a ser santas, pero esta santidad se entendía como perfeccionismo. «Tenía que ser perfecta», dijo Rosa. «En la vida cotidiana, había una enorme presión por hacer las cosas correctamente y alcanzar la perfección. Había exigencias rigurosas y milimétricas que generaban en mí una enorme tensión interior. Tenía un miedo exagerado al más mínimo error y a ser maltratada después». Este perfeccionismo fue inculcado por un régimen casi militar. Gabriela recordaba cómo las que ejercían la autoridad mencionaban constantemente la importancia de ser duras: «Querían hacer de nosotras mujeres fuertes, una característica muy apreciada en las siervas». Rosanna nos puso un ejemplo: «Yo no sabía nadar. Las responsables de la formación me pedían que saltara a la piscina y, si me agarraba a los bordes, me despegaban los dedos con un palo. Cuando expresé mi preocupación a otra superiora, me dijeron que, si quería servir a Dios, debía ser una mujer fuerte y no cuestionar nunca a las hermanas responsables. A causa de esta advertencia, lo acepté en mi interior». Para Gabriela, el objetivo era «amar el carisma por encima de todo»:

Creo que la forma en que se presentaba la orden me atrajo: el uso del hábito y su estilo de vida era una opción muy radical. Nos hacían amar el carisma como algo mejor que cualquier otro carisma existente: éramos radicales, rezábamos, éramos perfectas. En nuestro inconsciente colectivo, considerábamos que éramos las mejores y, para lograr ese objetivo, la comunidad cuidaba en exceso las apariencias: las responsables decían a las hermanas que tenían sobrepeso que comieran menos y que hicieran ejercicio por las tardes. Por ejemplo, a una hermana la mandaron después de cenar a hacer ejercicios a las 11 de la noche durante el invierno de Chile porque estaba demasiado gorda. Estar gorda se consideraba

inconcebible.

Estrechamente vinculadas a la idea de santidad, las frecuentes apelaciones al «plan de Dios» también podían convertirse en un medio de abuso. Aun cuando comprometerse con el plan de Dios no resultaba sorprendente, si se tiene en cuenta el nombre de la congregación, y un fuerte compromiso personal con el plan de Dios era obviamente apropiado y lo que cabía esperar, la forma en que se presentaba el plan de Dios podía ser abusiva. Discernir el plan de Dios no era algo que una religiosa pudiese hacer siguiendo su propia iniciativa y discernimiento. Gabriela explicó: «Ellas decidían cuál era el plan de Dios para ti: según lo que me enseñaron las hermanas que guiaron mi discernimiento vocacional, el plan de Dios era UNO, una vocación, un camino y estaba directamente relacionado con mi felicidad. Yo creía que si no me convertía en una sierva del plan de Dios nunca sería feliz».

Recordando sus años en la comunidad, Maricarmen dijo: «Un problema es la forma en que se vivían los votos. La obediencia se vivía de una manera muy represiva, sin libertad, sin libertad de pensamiento». Esta falta de libertad también se manifestó durante el discernimiento vocacional. Jessica afirmó que fue manipulada por las religiosas en su proceso de discernimiento: «En la comunidad nunca me hablaron de discernimiento. Al contrario, siempre me repetían que estaban seguras de que yo tenía vocación y que mis dudas se debían a mi rabia y rebeldía, pero que en el fondo veían que yo tenía vocación».

Algunas de las participantes revelaron que tenían poca libertad espiritual y poco control sobre sus relaciones personales con Dios. Jessica estaba obligada a rezar lo que le pedían las responsables: «Nos mandaban rezar, pero nos daban los textos concretos del Evangelio sobre los que querían que meditáramos, y también nos daban comentarios específicos de los Evangelios. Nunca rezamos ni leímos nada que nosotras quisiéramos. Nunca rezábamos a otros santos: por ejemplo, la madre Teresa de Calcuta estaba prohibida». Alejandra recordaba: «Rezábamos en nuestros pupitres. Algunas teníamos una estampita o una imagen de Santa Teresa

del Niño Jesús. Nos dijeron que quitáramos a esa santa porque no era de nuestro carisma»¹⁰. Maricarmen mencionó una prohibición similar: «Estaba cantando una canción al corazón de Jesús. La superiora me dijo que era demasiado sentimental y me prohibieron cantar esa canción».

También se utilizaban unas determinadas frases para que las monjas se identificaran con la comunidad. Por ejemplo: «ser santas», «obedecer el plan de Dios» o «amar el carisma». Jessica declaró: «Llegabas y te inculcaban las frases desde que te despertabas». Rosa citó algunas de las frases: «Otras frases favoritas de las hermanas eran “la que obedece nunca se equivoca”, “una sierva no pone límites al amor”, “la autoridad es la voz de Dios”. Era impresionante ver cómo todas las hermanas repetíamos constantemente las mismas frases».

Según Jacques Poujol, el abuso espiritual se produce cuando se altera la forma de expresarse propia del individuo y se le exige un tipo de autoidentificación con el grupo¹¹. Para Poujol, en un grupo disfuncional, la comunidad se convierte en el intermediario necesario y único entre Dios y la persona. Toda relación entre Dios y la persona es evaluada o mediada por la comunidad. En esta despersonificación, se niega y se pierde la libertad espiritual para crear una identidad propia y un yo espiritual¹².

Obediencia absoluta

La obediencia estricta y la sumisión absoluta son dos de los valores más importantes en un sistema abusivo. Para Oakley, una característica común en el abuso espiritual es la exigencia de obedecer a una autoridad abusiva que suele ir acompañada de la creencia de que el abusador tiene un estatus divino¹³. En cuanto a esta sacralización de la autoridad en SPD, Gabriela

¹⁰ Santa Teresa del Niño Jesús es el nombre de la venerada monja carmelita francesa Teresa de Lisieux (1873-1897).

¹¹ Jacques Poujol, *Abus spirituels. S'affranchir de l'emprise* (París: Editions Empreinte, 2015), 24.

¹² Poujol, *Abus spirituels*, 33.

¹³ Lisa Oakley y Katherine Kinmond, *Breaking the Silence on Spiritual Abuse* (Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2013), 21-22.

nos contó: «Nos decían que en la casa las superiores eran Dios». Y como las superiores tenían este estatus divino, la persona no podía opinar y la autoridad no tenía límites. Ella continuó su relato: «Me enseñaron a no cuestionar a las personas que ejercían la autoridad; teníamos prohibido pensar mal de ellas. Así que el punto de partida era que yo estaba equivocada y que no veía la realidad. Yo era la que tenía que hacer el esfuerzo de cambiar mis pensamientos. Las superiores simplemente estaban más allá de cualquier opinión que pudiéramos tener sobre ellas». Y añadió: «Me acostumbré a que una superiora tuviera mi vida en sus manos. La superiora se convirtió en una especie de confesor, y siempre tendría razón sobre mí; así viví la obediencia, que no era otra cosa que una sumisión absoluta de mi ser».

Según Jessica, «nos pedían hacer cosas sin sentido, como coger hojas de bambú o desmontar seis camas y volverlas a montar sin motivo, muchos días de ayuno y todo en nombre de la obediencia». Rosanna describió un accidente que le sucedió al obedecer una orden de su superiora: «No me gustaba bajar las escaleras porque estaba oscuro. Mi superiora me obligó a bajarlas sin luz para vencer mi miedo. Me caí por ellas y me fracturé la tibia y el peroné. Fue la primera de las quince operaciones que tuve que sufrir estando en esa comunidad. Cuando me preguntaron cómo me había caído, dije que me habían obligado a bajar las escaleras. La superiora me corrigió y me hizo escribir cien veces que quien obedece nunca se equivoca. Me dijo que no podía cuestionar nada y que Dios había permitido aquel accidente».

Rosa describió cómo el énfasis en la obediencia podía dar lugar a abusos. Dijo: «Querían probar hasta dónde llegaríamos por amor a Jesús». Ella recordaba:

Un día nos pidieron que saliéramos a correr y tuvimos que hacerlo con los brazos extendidos durante media hora. Luego nos pidieron que hiciéramos más ejercicios. Yo tengo asma y necesitaba coger mi inhalador, pero la superiora no me dejó. Después fuimos a rezar las estaciones del vía crucis. Mientras rezaba, me desmayé y luego vomité. La

superiora me gritó: «¿A qué esperas para levantarte? Una sierva es rápida y deberías limpiar lo que has hecho». No era capaz de levantarme, ni de limpiar, no tenía fuerzas; estaba jadeando.

A las entrevistadas se les enseñó que «la superiora representa a Dios» y que en realidad «ella era Dios en la casa». Por eso, obedecer todas las normas y valores de la comunidad y obedecer a las superiores era una forma de «probar hasta dónde podían llegar por amor a Jesús». Jessica dijo: «Te moldean el cerebro como quieren y empezamos a normalizar cosas que no eran normales». Asimismo, Maricarmen dijo: «Te anulan la capacidad de pensar. Esto genera todo tipo de abusos porque no eres crítica, no te comunicas». El problema no era la obediencia en sí, sino la idolatría de una obediencia ciega, sin límites ni condiciones.

Control coercitivo

Para lograr esta obediencia ciega y absoluta, los líderes religiosos suelen recurrir al control coercitivo¹⁴. Nuestras entrevistadas refirieron altos niveles de control en la vida comunitaria. Según Rosanna, las superiores seguían y vigilaban las actividades diarias de las religiosas. Estos eran sus recuerdos: «Si veíamos películas por las tardes en la comunidad y una de nosotras se quedaba dormida, teníamos que meternos en la piscina a altas horas de la noche y nadar hasta que la superiora nos dijera que paráramos. También nos despertaban de madrugada para hacer ejercicio; se decía que así seríamos más fuertes para ser siervas del plan de Dios».

El control se extendía a la vida cotidiana y las superiores supervisaban las actividades de las religiosas y su empleo del tiempo con todo detalles. Rosanna explicó: «La superiora aplicaba un régimen militar total: nueve minutos para la ducha, disciplina extrema para el cumplimiento del

¹⁴ David Johnson y Jeff Van Vonderen, *The Subtle Power of Spiritual Abuse* (Mineápolis: Bethany House, 1991), 57. Sobre la naturaleza del control coercitivo, véase especialmente Evan Stark, *Coercive Control: The Entrapment of Women in Personal Life* (Oxford: Oxford University Press, 2007).

horario, ni un minuto más, ni un minuto menos y, si se llegaba tarde, los castigos y correctivos sobrepasaban los límites de la caridad con gritos e insultos hacia la persona que llegaba tarde».

El control coercitivo también marcaba su vida interior. Rosa recordaba que no podía quejarse del cansancio ni mostrar ninguna emoción:

El abuso espiritual era violento. No podía quejarme de ningún sufrimiento. «Sabes que nos consagramos al Sufriente [...]». Una de las preguntas del examen de conciencia era: ¿Mostré mi cansancio a las demás? Si estábamos cansadas, no podíamos mostrarlo ni expresarlo. Si las hermanas me veían con cara de fastidio, me llamaban gruñona. Expresar cualquier tipo de emoción era visto como un pecado; nos decían una y otra vez que debíamos dejar morir al hombre viejo y dejar nacer al hombre nuevo. Acabé bloqueando y congelando cualquier emoción o sentimiento. No tener un espacio sano para expresar mis emociones acabó enfermándome.

El control coercitivo a menudo provoca ansiedad y mina el sentido de autoconfianza de una persona. Alejandra habló de su pérdida de personalidad y de libertad emocional y espiritual: «Cuando compartía algo personal y me conmovía, siempre me decían que tenía que ser más dura. Así aprendí a guardarme para mí mis emociones y a no expresarlas, fueran de alegría o de tristeza. De este modo, llegué a una especie de estado de anestesia emocional». Rosa relató: «Nos hacían hacer un examen de conciencia diario. Te preguntaban: “¿Te has dejado llevar por tus emociones? ¿Has perdido el tiempo en vez de amar la misión? ¿Has tenido un desorden emocional condimentando la comida? ¿Has comido lo que te gusta?” Era una presión constante. Viví ocho años controlando y evaluando mi alimentación: ¿comí de más? ¿Puse demasiada sal?» Las entrevistadas describieron cómo poco a poco esta presión constante fue erosionando su sensación de bienestar de diferentes maneras. Alejandra habló de «anestesia emocional» y Rosa afirmó claramente que «acabó enfermándose».

El control coercitivo ponía límites al desacuerdo, a plantear

preocupaciones o a discutir ciertos temas dentro de SPD. Las entrevistadas hablaron de represión emocional y de la erosión de su pensamiento y razonamiento críticos. Para Rosa, la obediencia se entendía como aceptar siempre la autoridad de las superiores, «decir lo que sentía o expresar cualquier tipo de desacuerdo era ir contra la autoridad y se veía como un pecado y una traición a la comunidad». Dijo que se utilizaba al diablo para desacreditar y rechazar las ideas o razonamientos de otras personas: «Nos decían constantemente que tener dudas venía del diablo; muchas cosas me molestaban por dentro, pero me resultaba muy difícil expresarlas». Rosanna recordaba que, si una de ellas abandonaba la comunidad, «era demonizada». Los comentarios eran: «Es una traidora; quien pone la mano en el arado y mira hacia atrás no es digno del reino de los cielos».

Maricarmen describió lo que sucedió cuando hizo preguntas: «Yo era muy curiosa y durante algunas clases siempre quería entender mejor. Un día empecé a hacer preguntas y mi superiora se enfadó por mis preguntas y me dijo: “¿Eres tonta? Eres peor que mi sobrinito”». Maricarmen añadió: «En las siervas no había discusiones. No había puntos de vista diferentes. Quizá sobre tu color favorito podías tener tu propia opinión, pero para otros temas que requerían reflexión tenías que ceñirte a la superiora». Jessica recordó el momento en que le dijeron cuál sería su nueva misión: «La superiora me pidió mi opinión (aunque no era para hacer un discernimiento, pues la decisión ya estaba tomada) y, como dije lo que pensaba, me corrigió diciéndome que debía ser una mujer de Dios y confiar en las hermanas responsables porque ellas sabían lo que Dios quería para mí».

Las diferencias de opinión, la variedad de dones y la diversidad de experiencias no se aceptaban. En lugar de verse como una fortaleza—como en la imagen paulina de la Iglesia descrita como cuerpo de Cristo, en la que cada miembro, aun siendo diferente, es importante por sí mismo y trabaja junto con los demás—la diversidad se ve como una amenaza para la cohesión del grupo. Estos son signos de una comunidad insana. Se valora la homogeneidad y cualquiera que piense diferente se enfrenta a una

sanción¹⁵.

Las experiencias relatadas por las entrevistadas sugieren que una redefinición del voto de obediencia debería tomar como modelo el ejemplo de Jesús en los Evangelios, donde siempre aparece obediente a la voluntad de su Padre. En los Evangelios la obediencia es un acto de confianza, un seguir los mandamientos de Dios y de su amor. Es una obediencia marcada por el amor y la confianza en la relación que existe entre el Hijo y el Padre. Las normas y estatutos de la comunidad tienen que ser un medio para lograr esta obediencia, y no fines en sí mismos. El voto de obediencia implica obedecer a quien dirige la comunidad en cuanto alguien que ha de velar tanto por el bien común como por la dignidad de la persona. La autoridad en la vida religiosa solo puede ejercerse respecto al fuero externo de las religiosas. La obediencia debería adquirir una connotación más fuerte de cooperación. Las religiosas deberían poder manifestar su preocupación si tienen preguntas sobre cualquier enseñanza recibida. Esto ayudaría a desacralizar la insistencia en la obediencia absoluta a las superiores y a proponer un tipo de obediencia más horizontal, basada en el diálogo, la colaboración y el discernimiento al servicio del plan de Dios.

Secreto y silencio

Para Johnson y Van Vonderen, la regla más poderosa en un sistema abusivo es lo que ellos llaman la «regla de no hablar», en la que los problemas no pueden ser expuestos porque «si hablas del problema en voz alta, tú eres el problema»¹⁶. Maricarmen habló de «secretismo e impenetrabilidad» dentro de la comunidad. Dijo: «Te enseñan eso. No entra aire ni luz en la comunidad. Sientes que hay cosas extrañas, pero no tienes a nadie con quien hablar de ellas». Está prohibido compartir las preocupaciones con personas ajenas a la comunidad: «No puedes contárselas a tu familia. No se permite nada». Según Gabriela, el silencio era omnipresente incluso cuando había buenas razones para que las religiosas compartieran sus

¹⁵ Poujol, *Abus spirituels*, 30.

¹⁶ Johnson y Van Vonderen, *The Subtle Power*, 67.

pensamientos: «Vivíamos la peor crisis: las acusaciones de abusos sexuales contra el fundador. Nadie hablaba de ello. Me sorprendió cómo se silenciaba la crisis y solo se hablaba en secreto con las amigas más íntimas. Nos reunían para darnos la noticia de nuestros nuevos estatutos y lo celebrábamos por todo lo alto. Este era el *modus operandi* de la comunidad: acallar las voces desviando la atención hacia lo bueno y lo que resplandecía, y silenciar las crisis».

El secreto era especialmente necesario en el trato con la familia. Rosa relató: «Mis formadoras y superiores eran muy insistentes en este sentido. Yo no podía confiar en nadie más. No podía contar a mi familia absolutamente nada de lo que me pasaba. Varias veces mi supervisora de formación escuchó mis conversaciones con mi familia. Me pidió que pusiera la llamada en modo altavoz. En una ocasión, les dije a mis padres que estaba enferma y después mi superiora me dijo que no tenía que contárselo a mi familia». Cuando Rosanna necesitó una intervención quirúrgica porque se rompió una pierna después de recibir la orden de bajar las escaleras a oscuras, quiso llamar a su familia. Su consejera le dijo: «Recuerda que los trapos sucios se lavan en casa. No des detalles a tu familia; para qué preocuparles si estás tan lejos. Tienes diez minutos para hablar con ellos».

Una práctica habitual en el abuso espiritual es distanciar a la persona de su familia y de su círculo de amigos, haciéndola más dependiente de la comunidad. A Rosa le dijeron que no podía confiar en nadie, aparte de la institución, y que ni siquiera debía confiar en su propia familia. Gabriela fue aislada de su familia y se le pidió que rompiera el contacto con sus amigas, incluidas sus amigas personales de la comunidad. Gabriela explicó: «Mi mejor amiga también era religiosa de la comunidad y me llevaba un año de ventaja. No se me permitía compartir nada con ella». Gabriela comentó que rara vez podía hablar con su familia:

Las pocas conversaciones con la familia duraban menos de diez minutos y generalmente me acompañaba una hermana. En una ocasión, visité a mi familia y no me encontraba bien de salud. [...] Mi familia se preocupó

al verme y quiso llevarme al médico, acción que fue rechazada de lleno por la comunidad que no quería la intervención de mi familia; esto era inexplicable para mi familia, ¿por qué no podían compartir mis preocupaciones? ¿Por qué no podían intervenir cuando veían que mi salud estaba en peligro?

El aislamiento incluía restricciones de intereses y actividades educativas. Maricarmen, por ejemplo, describió cómo los primeros años no se les permitía leer los periódicos ni conectarse a Internet. A Jessica, después de su periodo de formación, nunca le permitieron estudiar lo que quería: «Tenía treinta años y no tenía título universitario porque en la comunidad nunca me dejaron estudiar. Quería estudiar Educación Especial y no me dejaron. Me hicieron estudiar Filosofía que nunca me gustó y mi familia tuvo que pagar por ello. Solo hice un semestre».

El aislamiento fomentaba una cultura de secretismo que hacía menos probable que se cuestionaran los abusos. No se permitía compartir fuera de la congregación nada que pudiera dar lugar a críticas o cuestionamientos. Al mismo tiempo, el acceso a la información externa estaba restringido y controlado por las superiores.

El abuso espiritual como contexto de otras formas de abuso

En vista de los relatos ofrecidos por las religiosas, queda justificada la afirmación de que el maltrato es una forma de abuso espiritual. Este juicio no se basa en ningún acontecimiento o acción específicos, sino en lo que Oakley describe como «un patrón sistemático de comportamiento coercitivo y controlador en un contexto religioso», que «puede tener un impacto profundamente dañino en quienes lo experimentan»¹⁷. El abuso espiritual es especialmente preocupante porque está estrechamente relacionado con el abuso emocional y psicológico y también puede contribuir a otras formas de abuso, incluido el abuso sexual.

Las consecuencias emocionales y psicológicas del abuso en SPD fueron

¹⁷ Oakley y Humphreys, *Escaping the Maze of Spiritual Abuse*, 31.

profundas. Entre las dinámicas de la vida comunitaria que se mencionaron estaban las frecuentes humillaciones y vergüenzas en público. Con el tiempo, esto erosionaba la confianza en uno mismo y minaba la autoestima. Maricarmen recordó ejemplos de abusos verbales: «La superiora general me gritaba continuamente. Siempre me hacía sentir estúpida [...] y, cuando entré, yo me consideraba una mujer inteligente; sacaba buenas notas en la escuela y mis padres siempre decían que iba por delante de mi edad. Salí de la comunidad con la sensación de ser tonta y estúpida. Mi superiora me humillaba con respecto a mi inteligencia: “mueve tu inteligencia, utiliza la única neurona que tienes”». Estas humillaciones a veces implicaban avergonzarse en público. Rosanna tartamudeaba a menudo si se ponía nerviosa y se burlaban de ella por este motivo: «Cuando yo intentaba hablar, automáticamente empezaban a golpear la mesa y a corear por toda la casa: “es tímida, va a llorar”. Esto duraba hasta que conseguía ocultar las lágrimas que me provocaba esta humillación».

Gabriela recordó que las humillaciones públicas eran diarias, «los diálogos en las comidas eran muy tensos: servían para hacer correcciones públicas y aprendíamos a ser humildes, aceptando que las demás tuvieran razón porque lo contrario era signo de soberbia. Me corrigieron muchas veces y, después, la superiora y las hermanas me reprendían. Tenía que aceptar que tenían razón y pedir perdón, aunque estaba segura de que la situación no era como ellas la veían». Cuando Jessica estaba a cargo de la cocina, le dijo a la mujer que cocinaba que mezclara dos tipos diferentes de fideos: «Mi superiora, delante de toda la comunidad, me dijo: “eres una inútil, todo lo que haces está mal, las hermanas siempre tienen que cubrir tus faltas y negligencias”». Alejandra dijo que su superiora la criticó duramente en algo que se convirtió en un abuso verbal:

«Eres una inútil. No haces nada bien». Muchas veces ella me daba con la puerta en las narices cuando hacía algo mal y me decía que no quería hablar conmigo. Cuando me trasladé a otra comunidad en Colombia, la superiora era igual que mi antigua superiora. Me gritaba a mí igual que a

los perros. Una vez perdí unas llaves y me tiró la basura delante para que las encontrara. Tuve que buscar en medio de la comida podrida.

Aunque ninguna de las entrevistadas denunció abusos sexuales, sus experiencias sugieren que en otros contextos—como en el Sodalicio—el abuso espiritual puede ser un factor importante que propicie los abusos sexuales en entornos eclesiásticos. El abuso espiritual hace que las personas sean más vulnerables a otras formas de abuso porque reivindica autoridad religiosa y sanción frente a prácticas que son abusivas. El abuso espiritual también refuerza una cultura de obediencia y secretismo que dificulta que los autores de abusos sexuales rindan cuentas. Cuando se producen abusos sexuales en el seno de una institución religiosa, es casi inevitable que vayan acompañados de abusos espirituales.

Conclusión

En las siervas del plan de Dios, la lealtad de una religiosa a sus votos puede hacerla vulnerable a los malos tratos. No hay razón para pensar que este problema se limita solo a la comunidad SPD. Exigir a las religiosas que vean a las responsables de la comunidad como representantes de Dios y que se sometan siempre a ellas no es suficiente para proteger ni a las propias religiosas ni a aquellas que ejercen la autoridad. El lenguaje del abuso espiritual es una herramienta útil para comprender estas dinámicas a un nivel más profundo. Saca a la luz los símbolos, los textos, las enseñanzas, los rituales, las oraciones y los roles de liderazgo significativos que operan en este entorno institucional. También muestra cómo los abusos espirituales pueden apoyar y sostener otras formas de abuso, incluidos los abusos emocionales y psicológicos denunciados por las entrevistadas. El abuso espiritual es también un factor de riesgo evidente que puede desencadenar abusos sexuales. Aunque no se denunciaron abusos sexuales en la comunidad SPD, los relatos de las entrevistadas sobre los abusos espirituales permiten comprender con mayor profundidad cómo pueden perpetrarse los abusos sexuales dentro de las instituciones religiosas.

Rocío Figueroa es una teóloga católica peruana, profesora de Teología Sistemática en el Catholic Theological College de Auckland (Nueva Zelanda). Es licenciada y diplomada en Teología por la Facultad Pontificia de Teología de Lima y doctora en Teología por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma. Ha dado conferencias y ha trabajado en Perú, Italia y México. Trabajó en la Santa Sede como responsable de la Sección Mujer del Consejo Pontificio para los Laicos. Su investigación actual se centra en las respuestas teológicas y pastorales a los supervivientes de abusos sexuales y espirituales en la Iglesia.

David Tombs es un teólogo laico anglicano, catedrático Howard Paterson de Teología y Asuntos Públicos en la Universidad de Otago, Aotearoa (Nueva Zelanda). Su trabajo se basa en las teologías de la liberación y las teologías contextuales en cuanto instrumentos para abordar cuestiones públicas. Entre sus publicaciones figuran *Latin American Liberation Theology* (Brill 2002); *Explorations in Reconciliation* (editado con Joseph Liechty, Routledge 2006); *When Did We See You Naked? Jesus as a Victim of Sexual Abuse* (editado con Jayme Reaves y Rocío Figueroa, SCM 2021). Originario del Reino Unido, fue profesor en la Universidad de Roehampton (Londres) y en la Irish School of Ecumenics, Trinity College Dublin (Irlanda). Estudió Teología en Oxford (máster), en el Seminario Teológico Unión de Nueva York (máster en Teología Sagrada) y en Heythrop College, Londres (doctorado), y completó estudios de posgrado en Educación en Birmingham (PGCE) y en el Instituto de Educación en Londres (máster).